

Ricardo Piglia



La ciudad  
ausente

Junior heredó de sus antepasados el gusto por los viajes. Acaso para que pueda viajar, la ciudad desaparece. Un Buenos Aires incierto comienza a ser testigo de citas extrañas, conspiraciones, relatos clandestinos. Una historia de amor puede engendrar una máquina, una máquina en funcionamiento puede contar una historia de amor. La trama de desenlaces vertiginosos insinúa variaciones sobre un mismo tema: la ciudad como novela. El lugar donde todo ocurre y deja su trazo: el gaucho invisible y los mapas del infierno, la suicidad del hotel y la niña monstruo, los nudos blancos y la isla del lenguaje. La novela de Ricardo Piglia, sin embargo, es una novela política. Los personajes se relevan, los acontecimientos adquieren una velocidad desconcertante, y Junior, adentrándose en el núcleo de la intriga, accede a una galería inaudita de voces simultáneamente traidoras y fieles a la literatura argentina.

Novela de amor, novela política, La ciudad ausente es además un punto de partida y un gran logro estilístico. En un registro veloz, sensible a los matices y ritmos del habla, Piglia nos ofrece un libro brillante, una de las apuestas más audaces de la narrativa argentina de fines del siglo XX.

# I. El Encuentro

## 1

Junior decía que le gustaba vivir en hoteles porque era hijo de ingleses. Cuando decía ingleses pensaba en los viajeros ingleses del siglo XIX, en los comerciantes y contrabandistas que abandonaban sus familias y sus conocidos para recorrer los territorios donde todavía no había llegado la revolución industrial. Solitarios y casi invisibles, habían inventado el periodismo moderno porque habían dejado atrás sus historias personales. Vivían en hoteles y escribían sus crónicas y mantenían relaciones sarcásticas con los gobernadores del lugar. Por eso cuando su mujer lo dejó y se fue a vivir con su hija a Barcelona, Junior vendió todo lo que quedaba en la casa y se dedicó a viajar. Su hija tenía cuatro años, y Junior la extrañaba tanto que soñaba con ella todas las noches. La quería más de lo que había podido imaginar y pensaba que su hija era una versión de sí mismo. Ella era lo que él había sido, pero viviendo como una mujer. Para escapar de esa imagen dio dos veces la vuelta a la República, moviéndose en tren, en autos alquilados, en ómnibus provinciales. Paraba en pensiones, en edificios del Rotary Club, en la casa de los cónsules ingleses, y trataba de mirar todo con los ojos de un viajero del siglo XIX. Cuando la plata de lo que había vendido le empezó a escasear se volvió a Buenos Aires y fue a buscar trabajo en *El Mundo*. Consiguió un puesto y aterrizó una tarde en el diario, con su cara de alucinado, y Emilio Renzi lo llevó a recorrer la redacción para que conociera a los otros prisioneros. A los dos meses era el hombre de confianza del director y estaba a cargo de las investigaciones especiales.

Cuando se quisieron acordar, él solo controlaba todas las noticias de la máquina. Al principio pensaron que trabajaba para la policía, porque publicaba las notas antes de que los hechos se hubieran producido. Le bastaba levantar el teléfono y recibía las historias con dos horas de ventaja. No tenía treinta años pero parecía un viejo de sesenta, con el cráneo afeitado y la mirada obsesiva, típicamente inglesa, los ojitos estrábicos cruzados en un punto perdido del océano. El padre; según Renzi, había sido uno de esos ingenieros fracasados a los que mandaban desde Londres para vigilar el embarque de ganado en los trenes que venían de las estancias de internada. Vivieron diez años en Zapala, donde terminaban las vías del Ferrocarril Sur. Después estaba el desierto, el polvo de los huesos que había dejado en el viento la matanza de los indios. Mister Mac Kensey era jefe de estación y se hizo hacer un chalet de tejas rojas igual al que tenía en Inglaterra. La madre era una chilena que se escapó con su hija menor y se fue a vivir a Barcelona. Renzi se enteró de la historia porque una vez vino una prima de Junior a buscarlo al diario y el loco no la quiso recibir. La muchacha era pelirroja y divertida, y Renzi se la llevó a un bar y después a un amueblado y a medianoche la acompañó a Retiro y la dejó en el tren. Vivía en Martínez, casada con un ingeniero naval, y pensaba que su primo era un genio incomprendido que estaba obsesionado por el pasado de la familia. El padre de Junior era como junior, un delirante y un acomplexado, que se pasaba las noches blancas de la Patagonia escuchando las emisiones en onda corta de la BBC de Londres. Quería borrar los rastros de su vida personal y vivir como un lunático en un mundo desconocido, enganchado a las voces que le llegaban de su país. Esa pasión paterna, explicaba, según Renzi, la velocidad con la que junior había captado las primeras transmisiones defectuosas de la máquina de Macedonio. Una reacción típicamente británica, decía Renzi, adiestrar al hijo con el ejemplo de un padre que se pasa la vida pegado a una

radio de onda corta. Me hace acordar, dijo Renzi, los tiempos de la resistencia, cuando mi viejo se pasaba las noches en blanco escuchando las cintas de Perón que le traía clandestinamente un enviado del Movimiento. Eran cintas de la primera época, que se salían y se desenrollaban, eran resbaladizas, color marrón; y había que ponerlas en un cabezal de este tamaño y después bajar la tapa del grabador. Me acuerdo del silencio previo y del zumbido de la cinta antes de que entrara la grabación con la voz exiliada de Perón, que siempre empezaba los mensajes diciendo «Compañeros» y haciendo una pausa como si esperara los aplausos. Nosotros estábamos alrededor de la mesa, en la cocina, a medianoche, abstraídos igual que el padre de Junior, pero confiados en esa voz que venía de la nada y que siempre salía un poco lenta y como distorsionada. A Perón se le tendría que haber ocurrido hablar por onda corta. ¿O no?, dijo Renzi, y miró sonriendo a Junior, desde España, en emisiones nocturnas, con las descargas y las interferencias, porque así su palabra hubiera llegado en el momento mismo en el que hablaba. ¿O no? Porque nosotros escuchábamos las cintas cuando ya los hechos eran otros y todo parecía atrasado y fuera de lugar. Me acuerdo de eso, dijo Renzi, cada vez que me hablan de las grabaciones de la máquina. Sería mejor que el relato saliera directo, el narrador debe estar siempre presente. Claro que también me gusta la idea de esas historias que están como fuera del tiempo y que empiezan cada vez que uno quiere.

Habían bajado al bar para comer un sándwich después del cierre, y mientras Renzi hablaba de la voz de Perón y de la resistencia peronista y empezaba a contar la historia de un amigo de su padre, apareció el Monito para avisarle a Junior que lo llamaban por teléfono. Eran las tres de la tarde del martes y las luces de la ciudad seguían prendidas. Por el cristal de la ventana se veía el resplandor eléctrico de los focos brillando bajo el sol. «Esto parece un cine», pensó el Monito, «como si fuera la pantalla de un cine antes de

que empiece la película». Distinguía lo que hablaban en la mesa a medida que se acercaba, igual que si subieran el volumen de una radio.

—Era loco, pero loco, loco —estaba contando Renzi—. Gritaba ¡Viva Perón! y encaraba lo que viniera. Para ser peonista, punto primero, decía, hay que tener huevos. Era capaz de armar un caño en medio minuto, en cualquier lado, en un bar, en una plaza, movía los deditos así, parecía un ciego. La familia tuvo una armería en Martín García y Montes de Oca, así que nació jugando con los fierros, en el Movimiento los muchachos lo llamaban Fray Luis Beltrán y al final todos le decían El Fraile, pero algunos que lo habían conocido en el principio, principio de la maroma, por el 55, 56, le decían Billy the Kid, que era el nombre que le había puesto el gordo Cooke, porque vos lo veías y era un gurí, flaquito, delicado, le dabas quince, dieciséis años y ya lo perseguían hasta los bomberos. Varios estaban rodeando a Renzi en la mesa de *Los 36 billares* y el Monito se distrajo un momento y se paró a escuchar la historia y después hizo el gesto de dar vuelta una manivela en el aire y Junior pensó que otra vez lo llamaba esa mujer por teléfono. «Es ella», pensó Junior. «Seguro». Una desconocida le hablaba por teléfono y le daba indicaciones como si fueran amigos de toda la vida. La mujer debía conocer las notas que él estaba publicando en el diario. Desde que se habían confirmado los rumores sobre ciertos desperfectos en la máquina, una serie de maniáticos empezaron a pasarle información confidencial.

—Oiga —le dijo la mujer—: Tiene que ir al Hotel Majestic, Piedras y Avenida de Mayo. ¿Apuntó? Fuyita, un coreano, vive ahí. ¿Va a ir o no?

—Voy —dijo Junior.

—Dígale que soy yo. Que habló conmigo.

—Ta —dijo Junior.

—¿Sos uruguayo?

—Inglés —dijo Junior.

—Dale —dijo ella—. No te hagas el gracioso que esto es serio.

La mujer sabía todo. Tenía los datos. Pero tomaba a Junior por un amigo de su marido. A veces a la noche despertaba para contarle que no podía dormir. Hay mucho viento, aquí, le decía, dejan la ventana abierta, esto parece Siberia.

Hablaba en clave, con el tono alusivo y un poco idiota que usan los que creen en la magia y en la predestinación. Todo quería decir otra cosa, la mujer vivía una especie de misticismo paranoico. Junior anotó el nombre del hotel y los datos de Fuyita. «Hay una mujer en una lata que es novia del gordo Saurio. ¿Estás anotando?», le había dicho. «Van a cerrar el Museo, así que apurate. Fuyita es un pistolero, lo contrataron de custodia». De golpe se le ocurrió que la mujer estaba en un manicomio. Una loca que lo llamaba desde el Vieytes para contarle una historia rarísima sobre un gángster coreano que cuidaba el Museo. Se imaginó un teléfono público en el hospicio. En la pared descascarada, en una galería abierta, frente a los árboles ralos del parque, ese aparato era lo más triste del mundo. La mujer hablaba todo el tiempo de la máquina. Le pasaba datos, le contaba historias. «Está conectada; ni ella lo sabe. No se puede desligar, sabe que tiene que hablar conmigo, pero no se da cuenta de lo que le pasa». Igual verificó todos los datos y se dispuso a ir al Majestic. Tenía que usar los informantes que encontraba. No había muchas opciones. Se estaba moviendo a ciegas. La información estaba muy controlada. Nadie decía nada. Sólo las luces de la ciudad siempre encendidas mostraban que había una amenaza. Todos parecían vivir en mundos paralelos, sin conexión. «La única conexión soy yo», pensó Junior. Cada uno fingía ser una persona distinta. Poco antes de morir, el padre de Junior se había acordado de un programa sobre psiquiatría que había escuchado en una emisión de «Ciencia para todos» de la BBC. Había que tener cuidado al enfrentar un delirio de simulación, había explicado un médico por radio,

por ejemplo el de los locos furiosos capaces de fingir docilidad o el de los idiotas capaces de simular gran inteligencia. Y su padre se reía, le silbaban los pulmones, le costaba respirar, pero se reía. Nunca se sabe si una persona es inteligente o si es un imbécil que *finge* ser inteligente. Junior colgó el teléfono y volvió al bar. Renzi ya estaba contando otro capítulo de la historia de su vida.

—Cuando era estudiante y vivía en La Plata, me ganaba la vida enseñando español a los derechistas checos, polacos y croatas a los que el avance de la historia estaba expulsando de sus territorios. En general vivían en un viejo barrio de Berisso llamado «El Imperio Austro-Húngaro», donde desde finales del siglo XIX se habían ido asentando los inmigrantes del centro de Europa. Alquilaban una pieza en los conventillos de chapa y madera de la zona y trabajaban en los frigoríficos mientras buscaban algo mejor. El Congreso por la Libertad de la Cultura, una organización de apoyo a los anticomunistas de Europa del Este, los protegía y hacía lo que podía por ayudarlos. En La Plata habían hecho un acuerdo con la universidad y contrataban estudiantes de literatura para enseñarles un poco de gramática española. Conocí muchos casos patéticos en esos años, pero ninguna historia tan triste como la de Lazlo Malamüd. Había sido un crítico famoso y profesor de literatura en la universidad de Budapest y era el mayor experto centroeuropeo en la obra de José Hernández. Su traducción del *Martín Fierro* al húngaro había recibido el premio anual de la Asociación Internacional de Traductores (París, 1949). Era marxista e integró el círculo Petöfi y sobrevivió a los nazis, pero se escapó en 1956 cuando entraron los tanques rusos en Hungría, porque no pudo soportar que lo masacraran aquellos en quienes había depositado su esperanza. Aquí lo rodearon los derechistas y para salir de ese círculo buscó el contacto de los grupos intelectuales, a los que se dio a conocer como traductor de Hernández. Leía correctamente el español, pero no podía hablarlo. Se sabía el *Martín Fierro*

de memoria y ése era su vocabulario básico. Había venido acá con la ilusión de conseguir un cargo en la universidad y para obtenerlo sólo tenía que ser capaz de enseñar en español. Le habían pedido que dictara una conferencia en la Facultad de Humanidades, donde estaba Héctor Azeves, y de esa conferencia dependía su futuro. La fecha se acercaba y estaba paralizado de terror. Nos vimos por primera vez a mediados de diciembre y la conferencia estaba anunciada para el 15 de marzo. Me acuerdo que me tomaba el tranvía 12 y viajaba hasta el cuartucho de Lazlo en la parte baja de Berisso, atrás del frigorífico. Nos sentábamos los dos en la cama y poníamos una silla como mesa y empezábamos a trabajar con el libro de Lacau-Rosetti. La universidad me pagaba diez pesos por mes y yo tenía que llevar una especie de planilla con la firma de Malamüd garantizando la asistencia. Lo veía tres veces por semana. Hablaba conmigo en un idioma imaginario, lleno de erres guturales y de interjecciones gauchescas. A media lengua trataba de explicarme la desesperación que le producía verse condenado a expresarse como un chico de tres años. La inminencia de la conferencia lo tenía sumido en tal pánico, que no lograba avanzar más allá de los verbos de la primera conjugación. Estaba tan abatido que una tarde, después de un larguísimo silencio, me ofrecí a leer en su lugar lo que él quisiera decir y entonces el pobre Lazlo Malamüd largó una risa que parecía un graznido para mostrarme que no había perdido su sentido del ridículo, pese a lo desesperado de la situación. ¿Cómo iba yo a leer su conferencia si era él quien tenía que dar clase?

—No trabajar entonces muerto de esta pena extraordinaria —dijo.

Era cómico, es cómico ver a alguien que no sabe hablar y que trata de explicarse con palabras. Una tarde lo encontré sentado de cara a la ventana, sin fuerzas ya, decidido a desistir.

—No más —dijo—. Una vida desgraciada. Yo no merezco tanta humillación. Viene primero el juror después la melancolía. Vierten lágrimas los ojos, pero su pena no alivia.

Siempre pensé que ese hombre que trataba de expresarse en una lengua de la que sólo conocía su mayor poema, era una metáfora perfecta de la máquina de Macedonio. Contar con palabras perdidas la historia de todos, narrar en una lengua extranjera. ¿Ves? Me dieron esto —le dijo a Junior y le mostró un casete—. Un relato extrañísimo. La historia de un hombre que no tiene palabras para nombrar el horror. Algunos dicen que es falso, otros dicen que es la pura verdad. Los tonos del habla, un documento duro, que viene directo de la realidad. Está lleno de copias en toda la ciudad. Las hacen en Avellaneda, en talleres clandestinos de la provincia, en los sótanos del Mercado del Plata, en el subte de Nueve de Julio. Dicen que son falsos, pero así no la van a parar —se reía Renzi—. Si empezó con Cambaceres, la novela argentina, el verso patrio, sobre eso tenés que escribir, Junior, ¿qué estás esperando?

—Hay una mujer —dijo Junior—. Me llama por teléfono, me pasa información. Ahora dice que vaya a un hotel, el Majestic, en Piedras y Avenida de Mayo, hay un tipo ahí, un tal Fuyita, un coreano que trabaja en el Museo, un tipo de seguridad, el sereno. No sé, por ahí trabaja para la policía.

—En este país los que no están presos trabajan para la policía —dijo Renzi—. Incluidos los ladrones.

Junior se paró. Se iba.

—¿Te di la grabación? —dijo Renzi—. Tené —le dijo y le alcanzó el casete—. Escuchala y después me chiflás.

—Perfecto —dijo Junior.

—Te espero aquí, mañana.

—A las seis —dijo Junior.

—Cuidate.

—Sí.

—Está lleno de japoneses —dijo Renzi.

En la calle los autos iban y venían. «Vigilan siempre, aunque sea inútil», pensó Junior. El cielo estaba gris; a las cuatro menos diez el helicóptero de la Presidencia pasó por sobre la Avenida hacia el río. Junior miró la hora y se metió en el subte. Dirección Plaza de Mayo. Iba recostado contra el vidrio, medio dormido, se dejaba mover por el vaivén del vagón. Se miran unos a otros, los giles, van bajo tierra para eso. Una vieja iba parada, la cara hinchada de tanto llorar.

Gente sencilla, proletas vestidos de salir, ropa moderna, de Taiwán. Parejas tomadas de la mano, vigilando por el espejo del vidrio. Los morochos. Los peronios, como decía Renzi. «Entre todos me pelaron con la cero», cantó Junior en silencio. Soy el mudo. Canto con el pensamiento. El peluquero, un tano, de Constitución, no quería al principio. ¿Qué vas a hacer, pibe? No quiero piojos, dijo Junior. La bocha blanca se la lustraba con brillantina («No quiero piojos»). Miguel Mac Kensey (Junior), un viajero inglés. El subte iluminado cruzó el túnel a ochenta kilómetros por hora.

## 2

El Hotel Majestic, con su entrada de mármol y sus paredes descascaradas, estaba ahí, en Piedras y Avenida de Mayo. Al final de la escalera, en un entrepiso, había un mostrador y atrás un viejo que acariciaba un gato barcino, con la cara pegada a la trompa. Junior vio un pasillo alfombrado, varias puertas cerradas y la entrada de un sótano. Se detuvo, cauteloso, y prendió un cigarrillo.

—Este animal, así como lo ve —dijo el viejo sin levantar la cara—, tiene quince años. ¿Usted sabe lo que es esa edad para un gato? —Hablabla arrastrando las palabras con una entonación entre respetuosa y ladina, el cuello flaco hundido en una chaqueta de corderoy con solapas de lustrina. Estaba arrinconado entre el tablero de las llaves y una mampara de vidrio y sostenía el gato sobre el mostrador. El animal se empezó a mover torpemente, el lomo arqueado, las patas chuecas—. Es un milagro de la naturaleza este animal. Entiende como si fuera una persona. Lo traje del campo y nunca salió de acá. Un gato gaucho. —Al sonreír se le achicaban los ojitos—. Entrerriano.

Junior se inclinó sobre el animal, que respiraba con una especie de temblor, y le pasó la mano por el lomo.

—¿Está nervioso, ve? Se da cuenta de todo, no le gusta el olor del tabaco, ¿siente cómo respira?

Junior dio otra pitada y tiró el cigarrillo por el hueco del ascensor.

—Soy Junior —dijo—. Necesito ver a Fuyita.

—¿Y? —preguntó el viejo con su sonrisita recelosa.

—¿Sabe si está?

—¿El señor Fuyita? No sé decirle. Hable con el administrador.

—Lindo gato —dijo Junior y agarró al gato del lomo con un gesto rápido. Lo apretó contra la madera y el animal gritó aterrorizado.

—¿Qué hace? —dijo el viejo y se protegió la cara con una mano.

—Un número —dijo Junior—. Trabajo en el circo.

El viejo se había replegado contra la pared y miraba a Junior como si quisiera hipnotizarlo. Los ojos eran dos huevitos de codorniz en la cara arrugada.

—Lo único que tengo en la vida es este animal —rogó el viejo—, no me lo lastime.

Junior soltó el gato, que dio un salto y se alejó maullando como un bebé. Después sacó un papel de mil pesos doblado al medio.

—Necesito el número de la pieza.

El viejo trató de sonreír, pero estaba tan nervioso que le asomó la punta de la lengua. Una iguana, pensó Junior. Se acercó al billete y se lo metió en el bolsillito de arriba de la chaqueta con un gesto furtivo.

—Dos veintitrés. Pieza dos veintitrés. Fuyita es Cristo —dijo—. Le dicen Cristo, ¿me interpreta? —Sacó la lengua dos veces y se dio vuelta hacia el tablero de las llaves—. Suba —dijo—. Yo no estoy, no me vio. —Metía y sacaba la punta de la lengua de cara a la pared, para que nadie lo viera.

El ascensor era una jaula y el techo estaba lleno de inscripciones y graffitis. «El lenguaje mata», leyó Junior. «Viva Lucía Joyce». Se miró la cara en el espejo y le pareció que estaba atrapado en una telaraña; la sombra del enrejado de la pared le enmarcaba el cráneo afeitado, su calavera melancólica. El pasillo del segundo piso estaba vacío; las paredes amarillas y las alfombras sofocaban el rumor áspero de la calle. Junior llamó en el dos veintitrés y el timbre pareció sonar en otro lugar, fuera de la ciudad y del hotel.

—¿Qué pasa? —dijo al rato una voz de mujer.

—Fuyita —dijo él.

La mujer abrió apenas la puerta y Junior pensó que quizá Fuyita no era un hombre. La Coca Fuyita, la Dama japonesa.

—Sos Fuyita —dijo.

La mujer se rio.

—El lenguaje mata —citó al oscuro. La mujer era un resplandor pálido en la penumbra de la pieza.

—¿Vos quién sos? ¿Te manda la Mudita? —dijo ella en un susurro y después alzó la voz—. ¿Por qué no se va a la mierda, diga, quién lo conoce? —Hubo una leve vacilación, un jadeo—. Él no está.

—Tranquila —dijo Junior—. Soy Junior.

—¿Quién? —dijo ella.

—Junior —dijo Junior empujando la puerta, que se abrió suave sin que la mujer se resistiera.

—Turro —dijo ella—. Guacho, andate de acá.

Habló en voz baja, como si gritara en un sueño.

En la pieza la atmósfera era turbia y el aire olía a alcanfor y a alcohol y a perfume barato. La mujer empezó a retroceder hacia la cama y Junior se acercó despacio, tratando de no perderla de vista entre la sombra pesada de los muebles.

—No me toques porque grito —dijo ella—. Me tocás y empiezo a gritar.

—Tranquila, sh —dijo Junior y extendió una mano—. Silencio en la noche.

Había terminado de acostumbrarse a la claridad verdosa del cuarto y entonces le vio la cara, había sido rubia, le habían pegado, tenía los labios hinchados, la boca rota, la piel llena de cardenales. Estaba vestida con una camisa que apenas le tapaba los muslos y calzaba un par de zapatos de varón, sin cordones.

—¿Por qué te pegó? —dijo él.